

DE TODO EL MUNDO, POR CORREO, CABLE, TELEGRAFO Y TELEFONO

DE TODO EL MUNDO, POR CORREO, CABLE, TELEGRAFO Y TELEFONO

EDITADO POR LA EMPRESA PERIODISTICA «PRENSA ESPAÑOLA»

DE LOS TIEMPOS TERRIBLES

## LA SONRISA DE LA REVOLUCION

I

Acaba de reaparecer en París—librería Chappelot—, dividido en dos gruesos volúmenes, el *Journal d'une femme de cinquante ans*, por la marquesa de La Tour du Pin. Tiempo hacía que la incesante producción editorial consagrada á textos y asuntos de la Revolución francesa no había podido dar con un manuscrito inédito de su importancia y autenticidad. La señora expresada, Enriqueta Lucía Dillon de nacimiento, figuró entre la más alta y pura nobleza del antiguo régimen, y brilló en la corte, como dama de María Antonieta, en el instante mismo de la catástrofe.

Ilustre por su familia, lo fué también por su matrimonio. Su esposo, destinado á notable carrera política, era hijo del conde de La Tour du Pin—ministro de la Guerra desde el 4 de Agosto de 1789 al 15 de Noviembre de 1790—y sobrino del arzobispo de Auch. En tales condiciones, no hay que ponderar el interés general de este relato, así por el centro de observación en que estuvo, momentáneamente colocada su autora como por las vicisitudes, penalidades y tragedias que este mismo encumbramiento había de acarrearse después. Pero dejando aparte tales incentivos, el *diario* de referencia ofrece á la curiosidad española otros más especiales y concretos. Hábiles en él largamente de una compatriota nuestra, cuyo nombre ha pasado á la Historia enlazado á los episodios más terribles y sangrientos del drama espantoso.

Teresa Cabarrús, ha dicho recientemente uno de sus biógrafos, fué la única sonrisa de la Revolución. Y el *Journal* de la marquesa de La Tour du Pin, como todos los epistolarios y memorias que van apareciendo, añade nuevas revelaciones y capítulos á su obra, ya conocida, de intercesión, humanidad y clemencia. No hay quien niegue esa sedación benéfica operada en el terror de Burdeos á partir de la hora en que Teresa Cabarrús empezó á llamarse la ciudadana Tallien. Desde Turquán á Arsenio Houssay, pasando por Goncourt, todos admiten, en descargo de la maravillosa belleza de Carabanchel, esa influencia benigna y calmante que tantas vidas salvó y tantas lágrimas logró enjugar. Sin ella, aun con todas sus impurezas y extravíos, pudiera decirse que “el eterno femenino” se hubiera eclipsado por completo durante la Revolución. Comparadas con ella las demás mujeres que atravesian ese mar rojo y figuran en sus anales, parecen de otro sexo y aun de otra especie desconocida hasta entonces, así se trate de virtudes oficiales y pedantescas por el estilo de madame Roland, como de marimachos ó arpías al modo de Théroigne de Mericourt y Rosa Lacombe.

Tal es el testimonio unánime de sus contemporáneos, en recuerdos y memorias. Baste citar á la duquesa de Abrantes, la condesa de Laage de Volude, la baronesa de Montet, los condes de Paroy y de Allon-

ville, y ahora, últimamente, la marquesa de La Tour du Pin, según veremos. Tanto, que aun el más austero de los historiadores tiene para esta cortesana clemente—nueva Rodhopis que levantaba también su gran pirámide expiatoria con el óbolo de sus noches de amor—un gesto de gratitud y disculpa. Taine reserva sus más feroces diatribas para Tallien; consideralo como el peor y más repugnante de aquellos sátrapas advenedizos: glotón, lujurioso, maestro en rapacidades como un mayordomo del *Gil Blas*, esclavo de las fauces del viento. Ninguna de sus cualidades ni sentimientos halla gracia á sus ojos más que el que le inspiró la *ci-devant* marquesa de Fontenay, “porque en el instante decisivo, el peligro de su concubina le armará de coraje contra Robespierre, y porque la hermosa, que es al mismo tiempo una buena muchacha, no le pide venganzas y muertes, sino perdones”.

Claro que esta influencia benéfica no pudo alcanzarla más que á costa de penosos sacrificios, entre los cuales, y dadas las costumbres del tiempo y su propia manera de ser, el de la honestidad debe considerarse todavía como el menor de todos. Ha de renunciar á su nativa delicadeza de gustos, prestarse á la más abyecta promiscuidad, transigir con la compañía soez de los “patriotas”, amigos de Juan Lamerto. Ha de tomar parte en sus orgías y beber con ellos, á la redonda, de la misma botella. Allí están Isabeau, el otro procónsul de la misión de Burdeos, petulante y borrachín; Dartigoyte, que acaba de sacrificar sin pruebas á los inculpados de Auch; Lacombe, presidente de la comisión militar en la capital de la Gironda, que trafica vilmente con la libertad y la vida de los acusados; el hediondo convencional Lequinio, amigo particular del verdugo, á quien tiene á su mesa muchos días. Allí está su propio amante, que ha presidido á los horrores de Tours, que no se ha secado todavía de la sangre del 2 de Septiembre, que pagó por su mano en la Municipalidad de París el infame estipendio á los *trabajadores* de la Abadía y el Carmen.

Pero á manera de refugio y purificación de esos contactos, para aislarse de esa compañía que huele á matadero, se ha arreglado en su residencia de la misma ciudad de Montaigne un precioso gabinete que Paroy describe en sus *Memorias* como “el santuario de las nueve musas reunidas”. Junto al forteíano descubilla un arpa, con sus graciosas curvas de cisne, y á su lado un caballote, y luego la guitarra española, y á continuación un pupitre donde trabaja la miniatura. Y acá y acullá, sobre el velador y en las sillas, una paleta, un bastidor de bordar, partituras, buriles, punzones de aguafuertista...

Mucho de decorativo y preparado habría, ciertamente, en esa exhibición de habilidades, demasiado heterogéneas para una frívola beldad de diez y nueve años. Ella era, ante todo y por encima de todo, mujer á la moda, con cuanto de irreflexión, de ligereza y de coquetería admite este concepto. Cuando en París soplan vientos de liberalismo templado, se hace inscribir como *membresse del Club de 1789*, y cuando la

victoria corresponde al jacobinismo y ha sido rescatada á la muerte por Tallien al precio que se sabe, no tendrá más recurso que afiliarse en Burdeos á las *amigas de la Constitución*; y en la antigua iglesia de los Recoletos, “ahora templo de la Razón”, leerá el dia 30 de Diciembre del 93 un discurso sentimental y risoniano sobre la “Educación de la juventud”, con motivo de la fiesta patriótica allí celebrada por haber sido arrojados de Tolón los españoles y los ingleses.

Pero, ¿qué importa todo ello? ¿Qué importa si de aquél salóncillo afectado y de aquellas repugnantes contemporizaciones pudieron salir tan á menudo el bien y la clemencia? Los tiempos no eran para escrupulos ni para distingos y sutilezas de teología moral. En una borrascas como aquella—sólo decir la propia Cabarrús—“a nadie le era posible escoger su tabla de salvación”. O se asía uno fuertemente de la que por azar se presentaba, ó se hundía sin remisión. Allí, en aquella estancia que dos años antes hubiera parecido nefanda á los mismos favorecidos, encontró salvación para su padre encarcelado y medio muerto el conde de Paroy; allí encontró su pasaporte para América la condesa de Laage de Volude, señalado por su adhesión á la pobre Lamballe. La baronesa de Louvaret le debió también libertad y vida, mientras la marquesa Valence, hija de madame de Genlis, vióse allí salvada de tan serios peligros y con abnegación tal, que mereció á la intrépida española en aquella familia el sobrenombre cariñoso de *Nuestra Señora del Buen Socorro*. Otra dama aristocrática recibió allí secreto hospedaje, y la ciudadana Cabarrús le sirvió la comida por sus propias manos durante más de veinte días, á fin de no tener que confiarse á una servidumbre indiscreta ó desleal.

Sus intervenciones de este género fueron tan continuas como memorables, dejando en la ciudad girondina una persistente tradición que Aureliano de Vivie, autor de *La Terreur á Bordeaux*, pudo recoger todavía de labios de muchos hijos y nietos agraciados. El conde de Allonville escribe: “Burdeos debió elevarle una estatua en reconocimiento de los beneficios que derramó sobre tantas familias, salvadas por ella de la *segur revolucionaria*.” Y el ya citado Paroy formula el mismo reproche y encuentra de menos en aquella población una estatua de la Gratitud reproduciendo las facciones de la bella española. Esto, por lo que se refiere á unos casos, clásicos en cierto modo y ya conocidos. Otro día veremos algo de lo que añade á ellos la marquesa de La Tour du Pin.

MIGUEL S. OLIVER.

DE LA CORTE

## LA FAMILIA REAL

Hoy, si el mal tiempo no lo impide, visitará el Rey el campamento de Carabanchel.

El Monarca montará á caballo á las tres en la Casa de Campo, acompañado de toda su Casa Militar. Dando guardia á S. M. irá el escuadrón de la Escolta Real, menos una